

¿Se puede tener un futuro? Imaginarios del porvenir en contextos de precariedad y violencia

Can they have a future? Imaginaries of forthcoming in contexts of precariousness and violence

María Elena Figueroa Díaz

Universidad Autónoma Metropolitana Xochimilco

Universidad Nacional Autónoma de México

mariele_67@yahoo.com.mx

Resumen

El futuro puede ser concebido como un imaginario social que condensa y moviliza una gran cantidad de creencias, aspiraciones, temores, imágenes, así como valores individuales y colectivos. Si bien existen imaginarios del futuro hegemónicos, mediatizados (expresados en películas y series, en novelas, pero también en publicidad), también se construyen a partir de realidades concretas, de experiencias, de asunción o aprendizaje de valores y actitudes. No es lo mismo el imaginario del futuro que circunda un grupo de académicos ambientalistas, que aquel que se consolida desde la perspectiva de empresarios, o de políticos; si se gesta en sociedades con altos niveles socioeconómicos que en entornos precarios, pobres e inseguros. En el caso de algunos jóvenes del municipio de Chimalhuacán, Estado de México, a través de un grupo focal y de mapas conceptuales, se encontraron rasgos y elementos de un imaginario del futuro que expresa temores y preocupaciones ligados a su contexto, y no a un escenario lejano y ajeno a su realidad. Prevalen valores ligados a la modernidad y el desarrollo, y se le da peso a la responsabilidad de la propia persona por su porvenir. En este contexto de precariedad y de violencia se reducen las posibilidades de construir proyectos de vida con libertad y se limita la imaginación. El futuro deseado es aquel en que los profesionistas (educados y con trabajo) mejoren su vida y la de su comunidad. Parecería entonces que ese es el futuro que se puede "tener".

Palabras clave: futuro; imaginario; educación; trabajo; crecimiento personal.

Abstract

The future can be conceived as a social imaginary that condenses and mobilizes a large number of beliefs, aspirations, fears, images, as well as individual and collective values. Although there are hegemonic future imaginaries, mediatized (expressed in films and series, or novels, but also in advertising), there are social imaginaries that stem from concrete realities, from experiences, and assumption or learning of values and attitudes. The imaginary of the future that surrounds a group of environmentalists is not the same as the one that is consolidated from the perspective of entrepreneurs, or politicians; it's not the same if it is developed in societies with high socioeconomic levels than in precarious, poor and insecure environments. In the case of some young people from the municipality of Chimalhuacán, State of Mexico, through a focus group and conceptual maps, traces and elements of an imaginary of the future were found that expresses fears and concerns related to their context, and not to a distant imagined scenario. Values linked to modernity and development prevail, and the responsibility of the person for his/her own future becomes relevant. In this context of precariousness and violence, the possibilities of building life projects with freedom are reduced and the imagination is limited. The desired future is one in which professionals (educated and with a job) improve their lives and that of their community. It would seem then that this is the future that they can be "had".

Key Words: Future; Imaginary; Education; Work; Personal Growth.

Recepción: 17.4.2019

Aceptación definitiva: 22.5.2019

Introducción

Durante mucho tiempo, se pensó en un futuro cerrado, teleológico, unidireccional (Adam, 2005), en el sentido dado por la historia lineal que comienza en un punto que es el origen y acaba en otro punto que es el final; por ejemplo, la historia de la tradición judeocristiana que inicia con la Creación y acaba en el Juicio Final. Sin embargo, en los últimos tiempos, se ha dejado a un lado esa manera de concebir el futuro, para darle mayor peso a una concepción abierta, que permite lo posible y, por lo tanto, se abre a diversos futuros que pueden construirse. Desde esa perspectiva, de acuerdo con Barbara Adam (2005: 31-32), el futuro no pre-existe: “no ‘el futuro’, sino las posibilidades presentes del futuro, son reales. No los presentes futuros, sino los futuros presentes [...] el futuro es primeramente posible, futuro presente, un futuro que es dibujado, planeado, proyectado, perseguido, y realizado en el presente”. Esta mirada se ha ido arraigando en el imaginario social; permite hablar de futuros posibles, de construcción del futuro; posibilita la asunción del poder imaginar el futuro. Así, actualmente, “somos capaces de imaginar el mundo en un proyecto futuro-presente sobre el cual podemos reflejar y hacer nuestras elecciones” (Adam, 1995: 18). Esta idea permite pensar que, a partir de un presente, es posible que se forje no únicamente un futuro, a manera de porvenir predestinado fatalmente, sino que se abren distintas posibilidades de acuerdo a decisiones, eventos, transformaciones en el aquí y el ahora. Así, el futuro es una construcción y responde a decisiones tomadas por los seres humanos.

A partir de la instalación de la modernidad en el mundo y, con ella, el giro desde el pasado hacia el futuro (condensado en el progreso, la innovación, lo “nuevo”, el desarrollo, y la negación de lo opuesto), el futuro puede ser visto como imaginario social, como horizonte de sentido y organizador de la vida, de decisiones, de trayectorias de vida. Resume cómo vivimos y cómo podríamos vivir. La fuerza de la imaginación consiste en ver lo posible, en cambiar el rumbo de las cosas, y requiere de un análisis del presente.

Pensar la realidad pasada y presente a la luz del futuro o, más bien, a la luz de lo que los seres humanos se representan como futuro, es un recurso relevante para una comprensión más profunda del por qué los seres humanos se sienten motivados a la acción. “El futuro, ya sea visto desde la esfera de los imaginarios, desde a la dimensión imaginaria de las representaciones sociales, o bien desde los dispositivos, se liga a las prácticas sociales. Estas últimas incluyen toma de decisiones, elecciones de vida, compromisos, recursos para transformar situaciones, o para resistir” (Figuroa, 2018: 185). Debido a ello, el futuro paraliza o mueve; se afirma y se busca o se rechaza; genera miedo o esperanza; es valorado o desvalorizado. Y con cada vez más fuerza, como imaginario, dirige la atención, la energía y el esfuerzo hacia la consecución de un proyecto de vida significativo, valioso, útil (Bajoit, 2010).

Ahora bien, en tanto imaginario social, el futuro es generado, moldeado, orientado desde diversas instituciones productoras de imaginarios y tiene un carácter, por lo tanto, simbólico.

Como producto social, condensa un sinnúmero de elementos simbólicos. Siguiendo a Castoriadis (1989), el imaginario social instituido es producto de instituciones instituidas e instituyentes, y de significados sociales que continuamente se producen con el fin de asegurar la reproducción o repetición de las maneras de regular lo social. El imaginario social, así, crea y produce incesantemente, a la vez que consolida, solidifica e instituye lo creado.

En el caso del imaginario del futuro, que analizamos en el caso de algunos jóvenes que viven en la periferia de la ciudad de México, en uno de los municipios más violentos y precarios de la región de la zona metropolitana del Valle de México, observamos cómo, desde su individualidad, se hace patente el arraigo del imaginario social que actúa en diversos niveles (global, nacional, local), y que se entrelaza con su propia subjetividad y sus posibilidades reales y experiencias, así como con su capacidad imaginativa, para dar lugar a un imaginario que es a la vez personal y colectivo, y que hace eco tanto de la urgencia de resolver condiciones de vida “invivibles”, como de los discursos gubernamentales y globales sobre la modernidad, el desarrollo y la necesidad de hacerse cargo de la propia vida.

Algunas ideas en torno a los imaginarios sociales y el futuro

Abordar los imaginarios sociales como categoría conceptual y metodológica nunca es tarea sencilla o diáfana. Hay algo que siempre escapa de las manos, y de la racionalidad. Se intuye, se observa o se escucha indirecta y tangencialmente. Se reconstruye a partir de vestigios, fragmentos, imágenes, expresiones emotivas o discursos más o menos estructurados. Los abordajes teóricos son complejos, y por más elaborados que sean, siempre dejan alguna dimensión oculta. Sin embargo, hay pistas para poder acceder a ellos. “Pese a la volatilidad de la noción, los esfuerzos teóricos contemporáneos tienden a conceptualizar los imaginarios sociales como unas matrices de sentido que permiten comprender, dar forma a la experiencia, incorporarla y comprenderla dentro de lo que ya sabemos” (Randazzo, 2012: 78). Ese punto de partida resulta esclarecedor para poder abordar la realidad desde esa categoría.

Juan Luis Pintos (2000: 3) afirma que los imaginarios sociales son “aquellos esquemas contruidos socialmente que nos permiten percibir, explicar e intervenir en lo que cada sistema social se considere como realidad”. De este modo, la función del imaginario que permite ordenar, acomodar, interpretar y, con ello, darle sentido a la realidad para co-construirla, se apoya en su configuración como esquema de representación y condensaciones de sentido que tienden a la hegemonía, la reproducción y la sobredeterminación. “En este sentido, es posible entender los imaginarios como esquemas interpretativos a través de los cuales se regula la acción social y se genera la adhesión e interiorización de un determinado sistema de valores” (Cegarra, 2012, en Parra y Cano, 2018: 16).

Los imaginarios sociales pueden ser entendidos como cúmulos de símbolos, mitos, creencias, arquetipos y valores, incluso como una forma de acceder y de representarnos la realidad. En esa

medida, se pueden entender como parte de la cultura subjetivada (Giménez, 2007: 25). Contienen dimensiones representacionales, afectivas, valorativas, normativas, discursivas, icónicas, simbólicas. Por su naturaleza, un signo remite a otra cosa, o a varias, simultáneamente, aun cuando entren en contradicción. Son parcialmente visibles y parcialmente conscientes.

Pero también, desde Castoriadis (1989), el imaginario es fuente inagotable de sentido, dentro del cual todo lo demás es posible. Las instituciones se nos dan como simbólicas. Todas las cosas son posibles únicamente dentro de una red simbólica. Y lo simbólico se encuentra en el lenguaje y en las instituciones. “Todo lo que se nos presenta en el mundo socio-histórico está inextricablemente ligado a lo simbólico” (Castoriadis, 1989:117). El imaginario es tanto instituyente como instituido. Y, en ese sentido, siguiendo a Randazzo (2012: 92),

los imaginarios sociales estructuran el edificio social en base a esquemas mentales socialmente contruidos, que funcionan como sistema de interpretación, donde las significaciones imaginarias institucionalizadas cristalizan una percepción natural del mundo. Configuradores y estructuradores de lo real, determinan y crean una percepción de lo que es aceptado como tal, asegurando la repetición de las mismas formas que regulan la vida en sociedad.

Los imaginarios sociales pueden tener funciones reproductoras, indispensables para el mantenimiento de un determinado orden social. Si bien puede ser transformadores y generadores de lo nuevo, existe esa tendencia a la protección del orden. Por ello, tal como sucede con las representaciones sociales, pueden tener un vínculo con las ideologías. De acuerdo con Dittus (2006: 172),

Los imaginarios sociales son un factor de equilibrio psicosocial. Actúan compensando las diferencias y vacíos cognitivos, superando el excesivo racionalismo de la modernidad. De este modo, fortalecen la tendencia conservadora de todo orden social hacia su permanencia y reproducción. Ello explica la atribución de rasgos absolutos a algunas áreas del conocimiento, por ejemplo, en el área económica. Hoy día no se discute la pertinencia del capitalismo como modelo macroeconómico. Esta superestructura se sustenta en sólidas bases imaginarias: libertad, competencia, igualdad, felicidad.

Ahora bien, es importante destacar, siguiendo a Vergara (2016: 133), que “lo” imaginario “no refiere a algo, es decir, no ‘representa’ de manera directa; su ‘presencia’ se reconoce a partir de sus ‘efectos’, por su peso en la vida cotidiana social; [...]no permanece inmutable, sino que modifica los sentidos establecidos, en una dialéctica relación entre dichos flujos y las modulaciones socioculturales”. De este modo, “[...] el imaginario refiere más a los procesos que a las situaciones o ‘productos’, por lo que su cualidad articuladora es la principal forma de su ‘ser’; es su condición de nexo entre el flujo psíquico y la cristalización simbólica, lo que configura su dinamismo e ‘inestabilidad’ creadora”.

Aunque el imaginario sea accesible por medio de discursos, o de imágenes o de acciones, todas ellas cargadas simbólicamente, “el imaginario excede al símbolo porque genera imágenes que este arrastra, pero que no puede sino incorporar en sus realizaciones de manera incompleta” (Vergara, 2016: 132). Sin embargo, “[...] el símbolo es el único artefacto que

puede representarlo socialmente de manera más fiel o próxima” (Vergara, 2016: 132), siempre y cuando se asuma que ese símbolo seguirá representando una y otra cosa más.

La temporalidad es fuente y objeto de imaginarios: la duración de la existencia; el instante vivido; el paso constante del presente al pasado; el inmenso pasado que nos antecede; el cúmulo de acontecimientos históricos (personales y colectivos) y sus interpretaciones (oficiales y no oficiales); la incógnita del futuro, son fuente inagotable de imágenes, símbolos, creencias, valores, emociones. Pero no nada más; también son disparadores de opiniones, de maneras de ver el mundo, de toma de decisiones. Incitan a la acción o paralizan. Por eso Vergara (2016: 110) afirma que

Sin memoria no hay reconocimiento y sin imaginación se instalaría la quietud: así, si la gente se preocupa por el porvenir o el pasado, con mayor intensidad, configura sus perspectivas, horizontes y mapas con diferente proyectividad, otorgando, a su vez, a la acción, a la vida cotidiana y al proyecto diferente cualidad, función y prioridad. Otorgar mayor importancia a una de las temporalidades deviene también en diferentes políticas de identidad, el futuro produce más identidades estratégicas, el pasado, identidades adscriptivas, aunque sus complicidades y su fusión no son imposibles.

Al reflexionar en torno al futuro, Marc Augé distingue entre futuro y porvenir. A diferencia del primero, el porvenir es la experiencia, la expectativa y el proyecto de un futuro personal. Así, “un porvenir deseable para todos es aquel en el cual cada uno podría administrar su tiempo y dar sentido al futuro al individualizar su porvenir” (Augé, 2012: 8). Empero, no todas las personas tienen las mismas posibilidades de construir un porvenir, ni de compartir o ser parte de un futuro colectivo. No todos tenemos la posibilidad de un futuro personal. Augé (2012: 8) continúa su idea: “[...] las innovaciones tecnológicas explotadas por el capitalismo financiero han reemplazado los mitos de ayer en la definición de la felicidad para todos y difunden una ideología del presente, una ideología del porvenir advenido que paraliza a su vez el pensamiento del futuro”. Para muchos, el porvenir es un hecho; el futuro es deseado; para otros, ni siquiera es concebible.

Existen futuros distintos, no solo como caminos posibles, sino como la posibilidad o imposibilidad de recorrer un camino.

Existe una tendencia a asociar el futuro con la juventud: “es de los niños y de los jóvenes el futuro”. Esta idea se debe, al menos en parte, a que son ellos quienes vivirán más tiempo ese futuro como un presente efectivo; para ese entonces, serán adultos y otros ocuparán el lugar de los jóvenes. También se piensa que el joven es quien puede hacer verdaderos cambios en el estado actual, puesto que su mirada renovada, su energía, y su pertenencia a las nuevas generaciones, lo hace más proclive al cambio. Sea cierto o no, es un hecho que la categoría de juventud o de “jóvenes” es una abstracción. “Las condiciones socioeconómicas y culturales y la fragmentación social asociada con ellas, sumadas a la necesidad de diferenciación, producen una gran diversidad, que hace difíciles las generalizaciones sobre los jóvenes” (Alonso, 2014: 59). Sin embargo, a pesar de la diversidad de jóvenes, todos ellos se enfrentan (aunque sea

desde posiciones y realidades distintas) a los mismos retos que se imponen en la actualidad. Para Alonso (2014: 59),

Los jóvenes mexicanos viven hoy (como también lo hacen los adultos) una situación objetiva difícil de inestabilidad y transitoriedad, en un ambiente de corrupción, violencia, impunidad y desconfianza. En México, como en otros países latinoamericanos, la exclusión social (pobreza, desempleo o subempleo, marginación) ha sido una constante que se ven obligadas a aceptar grandes porciones de la población.

En el caso concreto de los jóvenes de bajos ingresos. De hecho, al menos los jóvenes de ingresos bajos, parecería que “viven el presente con una gran intensidad, sin que en sus vidas cotidianas pese demasiado la noción de [futuro de] mediano y largo plazo (aunque los adultos siempre identifiquen a los jóvenes con el futuro). La preferencia por planear la vida, por una parte, y la percepción de que es preferible vivir al día, por otra, no son fácilmente reconciliables” (Alonso, 2014: 60).

Los jóvenes que viven contextos de violencia y precariedad están sometidos con mayor intensidad a problemas estructurales y sobredeterminaciones que otros jóvenes que cuentan con más recursos o que viven realidades distintas. Ese hecho permea los imaginarios sociales en los cuales están inmersos y configuran sus subjetividades. La ausencia real de oportunidades y, más aún, de las posibilidades efectivas (en términos de posición relativa, de recursos, herramientas) para acceder a las mismas, en caso de que las hubiera, genera frustración, enojo y tristeza. A veces una negación activa a pensar el futuro.

Y si hay un futuro posible, es aquel que resolverá los problemas estructurales a los que se enfrentan. Entonces, ¿se puede tener un futuro? Tener un futuro implica, simbólicamente o metafóricamente, que sea “algo propio”, una cualidad o pertenencia. Sería entonces algo que se posee, que se construye, que puede suceder porque hay una base que lo permite. Cuando algo (o alguien) no tiene futuro, es que está destinado a perecer, a desaparecer, a no lograr su cometido. ¿El futuro es algo que se tiene?, ¿es algo que a unos les toca o les corresponde y a otros no? Imaginar el futuro es permitir que aflore partes de un imaginario colectivo que se ha arraigado en los individuos. Lo que emerge permitirá vislumbrar lo que hay en juego, en términos de dispositivos de control, de instituciones, de carencias y deseos, y también de posibilidades reales.

El futuro gestionado en las periferias

Según Gonzalo Saraví (2018: 32), “las reformas sociales y la reestructuración socioeconómica que acompañaron la globalización a partir del último cuarto del siglo XX desencadenaron profundas transformaciones en los regímenes de bienestar y en los mercados de trabajo, que agudizaron la desprotección de los sectores más desprotegidos y sumieron en la vulnerabilidad a muchos otros”. El autor continúa: “La exclusión social se constituyó así en el núcleo de una ‘nueva cuestión social’ [...] que se manifiesta en la forma de una persistente acumulación de desventajas sobre sectores vulnerables de la población: los pobres, pero también los

desempleados, las familias monoparentales, un colectivo heterogéneo de individuos que han sufrido diversos accidentes biográficos y, muy especialmente, los jóvenes” (Saraví, 2018: 32).

La conformación de la periferia que rodea a la Ciudad de México, conformada casi en su totalidad por municipios del Estado de México (59, más uno del estado de Hidalgo), obedece a un largo y complejo proceso por medio del cual el Estado moderno capitalista requiere gradualmente la expansión de las urbes, la diferenciación interna que implica la conformación de áreas industriales, y también de creciente mano de obra que se ubica en los alrededores de los centros de trabajo, lugares que por su plusvalía y sus funciones específicas, tienden a expulsarlos. Ahora bien, mientras el Poniente de la Zona Metropolitana del Valle de México (ZMVM) se desarrolló en función de las clases medias y la construcción de suburbios que responden a un esquema estadounidense ligado, en México, a la época de bienestar y abundancia del “milagro mexicano”, el Oriente se desarrolló, desde sus inicios, de forma no planificada, precaria, y con un sistemático abandono por parte del Estado. Este proceso se agudiza con la desaparición del Estado de Bienestar que, si bien no atacó la desigualdad, sí garantizó que las poblaciones más desprotegidas y pobres tuvieran un mínimo acceso a bienes y servicios para lograr un nivel de vida más o menos decoroso.

En la actualidad, el Oriente de la ZMVM concentra una gran cantidad de habitantes que no pueden cubrir sus necesidades más básicas, muchos de los cuales se desplazan largas horas para trabajar en la ciudad de México, o bien encuentran fuentes de ingreso en sus localidades. Desprotegidos por el Estado, se exponen a la lógica del mercado y a las posibilidades que, por ejemplo, las prácticas clientelares les ofrecen en materia de provisión de bienes o servicios básicos (por ejemplo, venta o cesión del voto, participación en manifestaciones, a cambio de servicios de luz, agua o drenaje). Para Jusidman (2012), la problemática estructural de las periferias da lugar a bajos niveles de ingreso, amplios desplazamientos en condiciones inseguras, a un aumento en los niveles de estrés, desesperación y frustración; aunado al debilitamiento del control y la vigilancia por parte de las autoridades, lo que afecta directamente a la población. A eso habría que añadir deterioro ambiental, contaminación, inseguridad, violencia y mala calidad en servicios de salud y educación.

Uno de los municipios del Oriente es Chimalhuacán, que no cuenta con la planificación urbana y la modernización de municipios cercanos como Ecatepec o Nezahualcóyotl, pero que tampoco se mantiene como una zona rural. En sus casi 47 kilómetros cuadrados concentra, con un significativo hacinamiento, a cerca de 600 000 personas. Aunque el antiguo pueblo de Chimalhuacán data de la época prehispánica, en realidad el municipio se conforma desde la década de los sesenta y setenta del siglo XX, a partir de la venta y repartición de terrenos irregulares, y no aptos para la construcción, fruto de la desecación del lago de Texcoco y de la reducción de terrenos de cultivo. De esta manera, terrenos destinados para fines agrícolas, fueron urbanizados sin planeación alguna. Algunas familias relatan que años después de haber comprado sus terrenos, lograron tener agua, luz y drenaje.

De acuerdo con datos del Sistema Nacional de Información Municipal (SdG, 2019), el municipio de Chimalhuacán presenta un grado de marginación bajo. A pesar de ello, de acuerdo con el Consejo Nacional de Evaluación de la Política de Desarrollo Social (CONEVAL, 2017)¹ se trata de uno de los municipios con mayor número de personas en situación de pobreza:

una persona se encuentra en situación de pobreza cuando tiene al menos una carencia social (en los indicadores de rezago educativo, acceso a servicios de salud, acceso a la seguridad social, calidad y espacios de la vivienda, servicios básicos en la vivienda y acceso a la alimentación) y si su ingreso es insuficiente para adquirir los bienes y servicios que requiere para satisfacer sus necesidades alimentarias y no alimentarias.

Según datos de esta institución, el municipio cuenta con 63% de población en esa condición, de los cuales 14% está en pobreza extrema².

En 2010, había 614, 453 personas en el municipio, de las cuales menos de la mitad, 274, 527, nacieron fuera de la entidad. Además, la densidad poblacional es alta (13,183 personas por kilómetro cuadrado). En cuanto a la población económicamente activa, resalta el hecho de que, desde 1990, y todavía en 2010, entre 70% y casi 80% de los hombres estuvieron ocupados, frente a un 20 a 30% de las mujeres, que en su mayoría se dedican al hogar (alrededor de 50%) (SdG, 2019). Hay una marcada tendencia a que los y las jóvenes formen familia a muy corta edad; las mujeres tienden a tener hijos y convertirse en amas de casa, mientras los hombres suelen asumir el papel de proveedores.

Alrededor de 30% de hombres y mujeres jóvenes se encuentran estudiando. En 2010, la mayor parte de la población tiene primaria incompleta. En 2000, 13.54% de hombres y 14.25% de mujeres contaban con primaria incompleta, mientras que 9.55% de hombres y 10.47% de mujeres terminaron dicho grado. En 2010, las cosas mejoran significativamente, con 19.28 de hombres y 20.48% de mujeres con primaria completa, y 30.98% de hombres así como 28.26% de mujeres con secundaria completa. En todos los casos, los hombres mantienen porcentajes ligeramente más altos que las mujeres en todos los niveles educativos.

Si bien la población económicamente activa (PEA), asciende a poco más de 40%, la inactiva es más de la tercera parte. Los bajos niveles educativos, así como la falta de desarrollo de habilidades a través de capacitaciones se traducen en trabajos mal remunerados y de baja especialidad. Este hecho se recrudece por la deserción escolar, que es alta. Cerca de 40% de los estudiantes de nivel superior no terminaría la carrera, principalmente por la presión económica

¹ A nivel federal, en 2015, Chimalhuacán tuvo el sexto lugar de los municipios o alcaldías que no tienen los mayores porcentajes de pobreza, pero sí el mayor número de personas en esa situación. Le antecedan: Ecatepec, Estado de México; Puebla, Puebla; Iztapalapa, Ciudad de México; León, Guanajuato, y Tijuana, Baja California (CONEVAL, 2017).

² Chimalhuacán ocupa el quinto lugar entre los municipios con mayor número de personas en situación de pobreza extrema (y no con el mayor porcentaje de población en dicha situación). Le antecedan: Acapulco, Guerrero; Chilón, Chiapas; Ecatepec, Estado de México, y Ocosingo, Chiapas (CONEVAL, 2017).

a la que están sometidos (Partido Revolucionario Institucional, 2018). Las alternativas son trabajos informales cuyos salarios son muy bajos, o fuentes de ingreso en términos de autoempleo, a veces rayando en la ilegalidad.

El municipio presenta una significativa concentración de niños y jóvenes; de hecho, la mediana es de 23 años de edad. Los jóvenes tienden a trabajar, sobre todo los hombres; como hemos visto ya, la tercera parte estudia, pero menos de 10% de los jóvenes de 12 años o más únicamente se dedica a sus estudios. Y 94% de la población no llega a tener estudios de bachillerato (Hernández, 2007).

Por otro lado, aunque la mayoría de los hogares cuenta con servicios de luz y drenaje, según las estadísticas (SdG, 2019), casi 10% de los hogares no cuentan con agua entubada (y la tienen que comprar); casi 6% de los hogares no tiene piso firme. Sin embargo, el mayor problema a nivel de vivienda es el alto hacinamiento en el que las familias viven; en 2010, 54.21% de los hogares presentan este problema, lo que conlleva a situaciones de violencia doméstica y familiar, diversos tipos de abuso y falta de espacios suficientes para la privacidad.

En ese entorno, necesariamente diversificado internamente, tanto los habitantes más privilegiados como los menos, viven situaciones de inseguridad y violencia, y de una sistemática ausencia de calidad en los servicios. El futuro se ve limitado, condicionado por las dinámicas reproductoras del sistema, por las instituciones que legitiman una y otra vez su modo de proceder, y por el doble mensaje que envían a la población en la manera de gastar recursos, de distribuir recursos y de descuidar sistemáticamente a la gente. Los entrevistados, por ejemplo, afirman que cuando se comete un delito, los policías siempre llegan tarde; los servicios se venden o se ofrecen como regalos a quienes participan en eventos políticos. La noción de derecho se diluye. La ciudadanía resulta impensable bajo dicho régimen.

Los imaginarios del futuro de algunos jóvenes de Chimalhuacán

En el marco del Proyecto de Investigación “Estrategia de intervención con jóvenes desde el potencial del emprendimiento sociocultural para incidir en la disminución de la violencia en el municipio de Chimalhuacán”³, se hizo una invitación abierta a los y las alumnas de nivel licenciatura de la Universidad Autónoma del Estado de México campus Chimalhuacán, a participar en una serie de grupos focales para abordar el tema de la violencia en la zona. El criterio fue que vivieran en el municipio. Los estudiantes interesados fueron en su mayoría mujeres, quizás por ser quienes están más preocupadas por los niveles de violencia que viven cotidianamente. Además de trabajar con el tema de la violencia, se hizo por separado un grupo focal y un ejercicio con mapas conceptuales en torno al tema del futuro⁴. En el mes de octubre

³ Se trata de un proyecto apoyado por el Programa de Apoyo a Proyectos de Investigación e Innovación Tecnológica (PAPIIT) de la Universidad Nacional Autónoma de México.

⁴ Como un ejercicio de investigación autónomo respecto de los objetivos del proyecto PAPIIT.

de 2018, en una sesión posterior al periodo en el que se trabajó el tema de la violencia, se llevó a cabo dicho grupo focal con 17 estudiantes (15 mujeres y solo 2 hombres) de la Universidad mencionada. Dentro de este grupo focal, se les solicitó a las y los participantes que elaboraran un mapa conceptual cuyo eje fuera el término “futuro”. Previamente se les explicó que el concepto de futuro condensa distintas ideas, valores y deseos de personas y grupos, y que el propósito de este ejercicio era observar cómo ven el futuro, tanto en términos individuales como sociales. La pregunta inicial fue: “¿Cómo imaginan el futuro?”.

Cabe destacar que una limitación del estudio fue trabajar con un grupo de jóvenes de Chimalhuacán que no representan a los jóvenes de la zona. Se trata de estudiantes que, si bien viven condiciones de cierta precariedad, que están sumidos en un entorno inseguro y muy violento, han accedido a la educación superior, son apoyados por sus familias para hacerlo, y han optado por no casarse o unirse aún –lo cual es tendencia en el municipio–, y, por lo tanto, no tienen hijos. Aunque vivan con un cierto nivel de pobreza, cuentan con servicios básicos en sus casas (producto de la lucha de sus padres durante años).

Es probable que haya jóvenes chimalhuaquenses que conciben el futuro de una manera distinta o que no tengan un imaginario del futuro en su horizonte de sentido. Por ejemplo, aquellos jóvenes que no acceden a estudios, o que viven en entornos altamente violentos, o que se dedican a actividades delictivas, o bien que viven en condiciones aún más precarias que los jóvenes estudiantes de la universidad; más aún, jóvenes que tienen severas adicciones o que logran sobrevivir de la venta de desechos (basura). A ellos no se les preguntó sobre el futuro. Aún así, es interesante poder vislumbrar los imaginarios que se construyen en una zona precaria, violenta, con población en situación de pobreza, en jóvenes que pertenecen a una población acostumbrada históricamente al condicionamiento clientelar de bienes y servicios, en donde es común que en casas construidas con materiales muy precario (como láminas), sin agua o drenaje, cuenten con luz y antenas de televisión de cable. No es el caso de los jóvenes entrevistados, pero esa realidad también forma parte de su mundo.

Las y los participantes en el grupo focal y la elaboración del mapa conceptual han optado por estudiar. Reportan que en muchas ocasiones se ven presionados para dejar de estudiar y ponerse a trabajar, si no por sus padres, sí por sus tíos y primos. A las mujeres se les suele decir que estudiar es una pérdida de tiempo y de dinero, puesto que una vez que se casen y tengan hijos, el estudio de nada va a servir. Entre más tiempo estudian, menos trabajan y menos ganan dinero. Si estudian, también sus posibilidades se ven limitadas: a) porque no tienen el nivel para entrar a una preparatoria o universidad pública de la ciudad de México, b) porque, aunque lo tengan, sus padres prefieren que estudien cerca para no exponerse a la violencia y la inseguridad. Si se casan, dejan de estudiar y se establece una rígida división sexual de trabajo: las mujeres tienen hijos, cuidan la casa; quizás gestionan servicios o algún otro beneficio; los hombres salen a trabajar.

Los hombres tienen la presión de generar recursos. No obstante, reportan que “aunque haya de todo, chicas que estudian, chicas que se casan y tienen hijos, igual chicos que se estudian o que trabajan”, hay una tendencia a que muy jóvenes formen familia; que se unan más de una vez, y que muy jóvenes ya tengan hijos, a veces de más de una pareja. Con hijos, la situación se vuelve más difícil, pues hay más gastos.

Hay una entrada muy rápida a la adultez, lo que trunca las posibilidades de generar proyectos de vidas con un sentido; se refuerza la atomización en vez de la individualización, en palabras de Beck (1998), para quien los sujetos atomizados no están en condiciones de poder exigir derechos, ser partícipes de las ventajas de la modernidad, y se ven marginados de la posibilidad de construir un proyecto significativo de vida. La de por sí fuerte incertidumbre en la que se vive en el municipio, se ve agudizada por decisiones que responden, a su vez, a situaciones estructurales que funcionan como una espiral o círculo vicioso, en el que cada desventaja se une a otras y las potencia. Una mala educación puede generar deserción, que a su vez puede provocar imposibilidad de acceder a un trabajo (y a ingresos), o bien puede facilitar el unirse a una pareja y tener hijos de manera temprana. Y así sucesivamente. Una entrada prematura a la adultez impide la recreación o el descanso, aumenta la precariedad, acorta las posibilidades de elegir, y de ejercer los derechos que les corresponden. De este modo, aunado a la rigidez de un sistema político corrupto y clientelar, genera sujetos temerosos, apáticos, resignados; que en mayor o menor medida naturalizan su situación. Ante los escandalosos índices de violencia (a veces extrema), los y las jóvenes aprenden a sobrevivir, se adaptan, se ajustan y aguardan, en algunos casos, el futuro.

Los mapas conceptuales fueron analizados a la luz del aparato crítico y de investigaciones similares previas⁵, de manera tal que se fueron construyendo categorías y subcategorías para organizar el sentido de la información recabada. Los resultados se organizaron en dos niveles. En el primero, se encontraron tres imaginarios activos, autónomos, pero ligados entre sí. En el segundo nivel, a partir de los mapas y de la conversación en el grupo focal, se encontró una tendencia que dista de los hallazgos en otros grupos, en concreto de los grupos estudiantes universitarios de la ciudad de México a los que en otra investigación se les preguntó también por el futuro (descrito en la nota 5). Veamos estos dos niveles de resultados.

El primer imaginario del futuro estuvo presente en dos mapas conceptuales (de un total de diecisiete) y se sintetiza como “El futuro construido por medio del crecimiento personal”. En

⁵ En años previos, realicé una investigación sobre representaciones sociales del futuro de activistas en temas de género y medio ambiente, y posteriormente sobre la visión de futuro de estudiantes universitarios de la ciudad de México (véanse referencias). Los resultados encontrados aquí presentan diferencias significativas con respecto a los hallazgos de estas otras investigaciones. En concreto, en las investigaciones previas, está presente con más fuerza el imaginario del futuro devastado e hipertecnologizado, la idea de que tendremos que aprender a sobrevivir, de que habrá más competitividad, más escasez de recursos, pero a la vez más posibilidades de desarrollo alternativo. En los estudiantes de la ciudad de México también hubo una mayor presencia de alusiones a series, películas, personajes de ficción, como partes del imaginario futurista que circula en ciertos medios.

este imaginario, se asocian a la palabra “futuro” términos tales como: “sueños”, “retos”, “logros”, y frases tales como: “te ayuda a superarte”, “altas promesas y esperanzas”, “cambios para evitar errores”, “proyección de vidas”. Destacan las ideas: “tener el control de lo que pueda suceder”; “yo decido el rumbo”; “elaborar planes”; “construcción de intereses”, de manera tal que se privilegia la idea de que el futuro es algo que se construye, que se debe tener el control para que el futuro suceda, y que la juventud es la “edad para decidir y hacer”, que hay una “esperanza en nuevas generaciones”. Asimismo, y quizás con más fuerza, destaca la idea de que ese futuro se construye mediante el estudio y el trabajo: “transformación mediante la educación”, “esperanza en el intelecto”, “el estudio da posibilidades”.

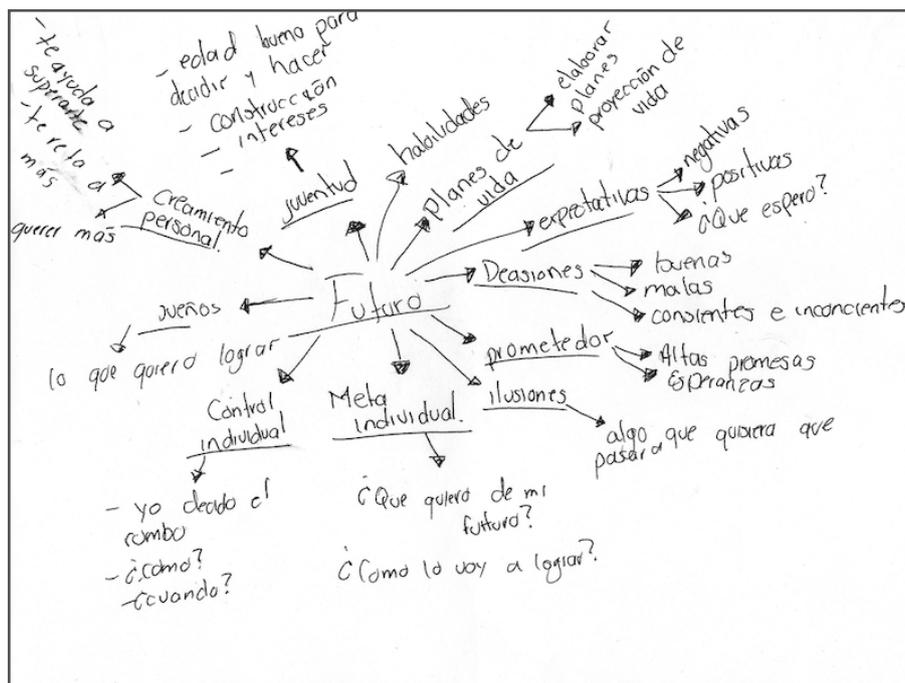


Imagen 1. Mapa: El futuro construido por medio del crecimiento personal. Mujer, 23 años.

El segundo imaginario del futuro, presente en doce mapas conceptuales (de un total de diecisiete), fue el predominante en el grupo. Se le puede nombrar “El futuro como esperanza en la provisión de derechos (bienes y servicios)”. Aquí, aparecen una gran cantidad de palabras y frases que pueden entenderse como una lista de deseos u anhelos, de reclamos a las autoridades. En materia económica y laboral: “mejor distribución de los recursos”; “empleo-estabilidad-cubrir necesidades”; “trabajo-salarios”; “menos trabas para entrar a trabajar”; “oportunidades de trabajo”; “disminución de la pobreza por medio de la capacitación”; “apoyos del gobierno”; “estabilidad social y económica”. En materia de educación: “escuelas en zonas marginadas”; “escuelas de tiempo completo”; “menos analfabetismo”; “primaria-secundaria-preparatoria-universidad”; “oportunidades de estudio”. En materia de seguridad y disminución de la violencia: “seguridad en las calles”; “menos robos”; “mayor apoyo de policías”; “menos violencia”; “intervenir para reducir la violencia”. En materia de salud y vivienda: “vivienda”; “calidad de vida y bienestar”; “salud y atención médica”; “infraestructura y medicamentos”. En materia cultural (en sentido amplio): “igualdad social, económica, de género, cultural”;

“recreación, lectura, tradiciones, teatro; transporte, carnavales”; “centros recreativos”; “menos corrupción”; “cambio social, cambios en las estructuras, el gobierno y la economía”.

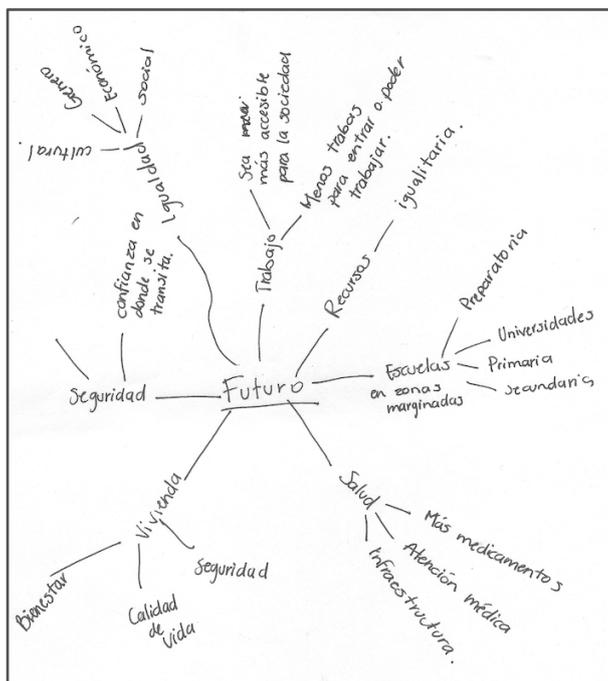


Imagen 2. Mapa: El futuro como esperanza en la provisión de derechos (bienes y servicios).
Mujer, 21 años.

En estos mapas, predominaron la necesidad de atender el problema de la violencia, de contar con más escuelas, y la de generar condiciones para poder tener un trabajo. Queda claro que en el horizonte de estos jóvenes sobresale la imperiosa necesidad de resolver las problemáticas actuales, sin lo cual es imposible imaginar un futuro. Por un lado, está presente el discurso clientelar del gobierno local, que promete bienes y servicios, y que prefiere gastar en infraestructura cultural y deportiva (casas de cultura, auditorios, canchas y albercas, que han implicado enormes cantidades de dinero), que mejorar la seguridad, el alumbrado (que, al no funcionar, facilita la violencia), el transporte público (donde se cometen muchos delitos) o dotar de servicios básicos (como agua y drenaje) a los hogares.

El primer y el segundo imaginarios se ligan entre sí a partir del binomio estudio-trabajo, y ambos tienen como eje la idea del progreso (personal y social), para lo cual se requiere del apoyo del Estado (en el orden municipal, principalmente). Si en el primer imaginario el estudio permite el acceso al trabajo y a un mejor salario, lo cual puede aumentar la calidad de vida personal y familiar, en el segundo imaginario, el estudio puede lograr algo más: la formación de profesionistas que garanticen el fin de la corrupción, la instauración de la democracia y la transparencia, la equidad y la estabilidad.

El tercer imaginario, el del futuro desesperanzado, estuvo presente en tres mapas (de un total de diecisiete). Los tres se dividen en dos tipos de mapas: dos de ellos fueron claramente distópicos (véase imagen 3), y uno fue muy reacio a imaginar el futuro (véase imagen 4). En el caso de los

mapas distópicos, prevalecen ciertas ideas de un futuro catastrófico que es más común vislumbrar, y que está más en consonancia con las visiones apocalípticas de los filmes y series, pero también en los discursos ecológicos: “mortalidad y enfermedades”; “cambio climático”; “pocos recursos naturales”; “agotamiento del agua y luz como recursos”; “contaminación por plástico”; “aumento de la población”. Además, aparecen expresiones del pesimismo producto de una proyección de los problemas actuales: “incremento de asaltos y delitos”; “pobreza”; “mala remuneración económica”; “inflación-deuda”; “hacinamiento”; “aumento de la competitividad laboral”. Hay algunos elementos neutrales o positivos: “reservas ecológicas”; “nuevas empresas-fuentes de trabajo”; “nuevas formas de sociabilización”; “avances tecnológicos”.

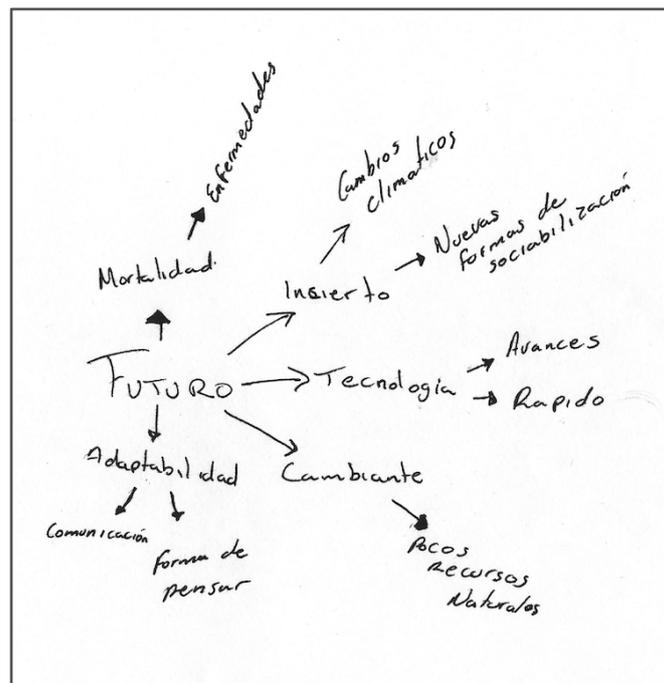


Imagen 3. Mapa: El futuro desesperanzado distópico. Hombre, 21 años.

El último mapa mental, que se reproduce en la imagen 4, no fue muy elaborado posteriormente por el participante: menciona que el futuro es una ilusión y que lo que importa es el presente. Menciona la propaganda política, quizás como una manera de aludir a discursos manipuladores a partir de la promesa de un futuro; de ahí que la esperanza sea “lo mismo de siempre”.

En un segundo nivel, referido al imaginario general de este grupo, se encontró en la mayoría la activación de un imaginario del futuro muy vinculado a los discursos oficiales del gobierno en términos de desarrollo y progreso (que no necesariamente de modernización), y menos vinculado a los discursos de los medios de comunicación masiva (cine, televisión, publicidad) ni a las tendencias mundiales a relacionar el futuro con un imparable desarrollo tecnológico o con la catástrofe medioambiental (que, por un lado, es parte de algunos discursos ecológicos y ambientales, y por otro lado, está presente en las producciones literarias, cinematográficas y televisivas futuristas y distópicas). Aquí, en este grupo, el futuro se liga más con un presente

cotidiano que tiene que ser resuelto: por un lado, a partir de su propio esfuerzo; por otro lado, a partir –en el futuro– de la voluntad de los gobernantes para dotar de servicios a la población.



Imagen 4. Mapa: El futuro desesperanzado. Hombre, 24 años.

Existe una tensión entre el impulso vital y la desesperanza, así como un predominio del discurso oficial generador de esperanzas en un municipio mejor, con más servicios, con infraestructura cultural y deportiva, que dé cuenta del progreso y el desarrollo.

Bayón, retomando a Estivill y a Sayer afirma que: “Junto a la indiscutible base material, ligada a la falta de medios de subsistencia y circuitos de privación, donde las desventajas se acumulan, la exclusión social tiene una dimensión subjetiva que se expresa en insatisfacción y malestar frente a situaciones en las que no se puede realizar aquello que se desea y alcanzar aquello a lo que aspira” (Bayón, 2012: 134). Es por ello que el futuro imaginado es limitado a lo urgente; no puede haber altas expectativas.

Los imaginarios del futuro que detentan estos jóvenes derivan de un imaginario aun más abarcante, que se manifiesta incesantemente a través de un sinnúmero de dispositivos, de aparatos, instituciones, discursos, imágenes, cuya configuración se asume evidente para quienes son configurados por ellos, puesto que la realidad misma es también construcción simbólica e imaginaria.

En sus reclamos, los jóvenes piden lo que es su derecho (bienes y servicios, seguridad, garantía de supervivencia e integridad física), pero también piden protección ante el abandono. A la vez, responden a la expectativa neoliberal de hacerse cargo de sí mismos, a falta de apoyos del Estado.

Conclusiones

En este grupo de jóvenes habitantes de un municipio ubicado en la periferia oriental de la ciudad de México (ZMVM), el futuro se torna inmediato, dista de lo utópico, y se centra en la urgencia por resolver problemas acuciantes, como la violencia o la falta de empleo (ligado a la ausencia de posibilidades de educación); en ese sentido, se trata de un imaginario de futuro delimitado por el presente y lo cercano. Por ello no resulta prometedor, y en el caso de las dos personas que manifestaron la importancia de tener el control, de esforzarse, de planear, de generar una trayectoria de vida, no pusieron contenidos concretos a esas ideas, que permanecieron más o menos vagas. Sin embargo, esta expresión imaginaria hace eco de la tendencia, observada por Bajoit (2010), entre otros sociólogos y pensadores sociales, de la tendencia actual de responsabilizar a los sujetos no solo de su propia vida, sino de su proyecto de vida: hay una constante presión por lograr una vida significativa, digna de ser vivida, y que es única responsabilidad de la persona. Esta presión agudiza la meritocracia, que esconde el crudo hecho de que no todos los individuos tienen la misma igualdad de posiciones (y no solo de oportunidades) (Dubet, 2012).

Cabe destacar la presencia mayoritaria de mujeres en la muestra, debido a que el grupo se conformó a partir de una invitación abierta a participar en una investigación sobre violencia. Parecería que las mujeres podrían estar más interesadas puesto que, en cierto sentido, son más vulnerables a la violencia ejercida en sus comunidades. Son quienes afirman sentirse inseguras desde que salen de sus casas hasta que regresan a ellas. Tienen miedo al acoso, al abuso, pero también al feminicidio. En ese sentido, la investigación sobre la violencia conformó la muestra. Sin embargo, ya una vez conformada la misma en términos de la indagación sobre el futuro, los dos hombres manifestaron un imaginario distópico y negativo, frente a 14 de 15 mujeres, que expresaron con intensidad un imaginario anclado en la urgente necesidad de resolver problemas acuciantes y de trabajar sobre sí mismas para lograr hacer cambios que favorezcan al municipio.

A diferencia de otros jóvenes, y aunque no podamos generalizar a un sector de la población de una localidad determinada, sí se puede afirmar que, a grandes rasgos, los jóvenes chimalhuaquenses vinculan su idea de futuro a los valores de desarrollo y progreso promovidos por el gobierno local, y asumen que a lo más que pueden aspirar es a la provisión de servicios, que son derechos básicos que bien podrían exigir y que más bien se esperan con cierta pasividad. Parecería que la función que juega la periferia con respecto al centro y a la totalidad del sistema que funciona y cohesiona la zona, se ve reflejada en sus habitantes, que han normalizado, al menos parcialmente, las dificultades que viven día a día.

Se observan dos movimientos con respecto al futuro. En lo que concierne a la persona, seguir estudiando, encontrar un trabajo, crecer, superarse. Sobreponerse a las presiones externas; fortalecer su proyecto de vida, aun cuando no tenga muchas salidas. En lo que no concierne a

la persona, esperar que las autoridades resuelvan los problemas que aquejan a la localidad, y que no deberían existir.

El discurso verbal se centró mucho más en las condiciones precarias en las que los jóvenes viven y en la necesidad de resolver los problemas que padecen. Hubo una constante en términos de que el gobierno debería dotar de servicios y de oportunidades de trabajo a la población *en el futuro* o *para que el futuro* sea positivo y deseable. Eso es puesto más allá del presente, puesto que dicho presente no da para eso, y lo esperanzador es siempre el discurso de la promesa, o sea el futuro. El hecho de que forme parte de su expresión personal, habla de la eficacia de los discursos oficiales que prometen y gestionan (es decir dosifican) los apoyos a la población, aunado al malestar que producen las pobres condiciones de vida a las que se enfrentan. Por otro lado, es muestra de su horizonte de sentido: más allá no es posible imaginar, porque lo que hay es la necesidad, y sin su satisfacción, no es posible pensar, imaginar o construir.

La idea del trabajo articula estas dos posiciones, a saber, el futuro del control y el esfuerzo personal, y el futuro en el que se logre satisfacer las necesidades que se tienen. Por un lado, el trabajo significa la posibilidad de acceder al bienestar y a la calidad de vida. Y, para ello, es indispensable estudiar. Predomina la idea de que el estudio sigue siendo garantía para acceder a un buen empleo, y que este implicará un buen salario. Quizás la realidad diga otra cosa. Sabemos que, actualmente, estudiar no garantiza acceder a un (buen) empleo, y que cada vez más los trabajos se precarizan y no cubren las necesidades del trabajador (incluyendo, además de un salario digno, seguro social, acceso a salud, jubilación, cobertura de necesidades básicas, recreación y descanso).

Se observan pocos elementos imaginarios relativos al medio ambiente o la tecnología, que suelen ser más dominantes. No hay, como en otros casos, alusión a películas o series futuristas, a la tecnología (robots, naves espaciales, inteligencia artificial, Internet de las cosas; tampoco catástrofes ambientales, enfermedades incurables, etcétera). Se centran en la solución de los problemas presentes: hay un horizonte reducido por la inmediatez de la carencia, de la escasez, y de la precariedad; esto implica la imposibilidad de soñar, de salirse de la cotidianidad para imaginar otros futuros posibles. Así, en menor proporción, emerge el imaginario desesperanzador (con las consecuencias del cambio climático, la contaminación por plásticos, la escasez de recursos naturales), que en otros grupos podría ser predominante.

Un único caso hace referencia al futuro como algo falso, como manipulador, como parte de la propaganda para evitar ser críticos con/en el presente. Este cúmulo de ideas es muy sugerente y sin duda complejo, pero el participante que realizó dicho mapa no elaboró más sus ideas. En realidad, justo ahí se abre una línea de investigación: ¿qué pasa con aquellos jóvenes (o no jóvenes) para quienes hablar de futuro resulta no solo irrelevante, sinsentido, no significativo, sino violento, manipulador u ocultador de las realidades más crudas y desesperantes? Parecería,

entonces, que hay quienes no podrán “tener” un futuro, porque en palabras de Marc Augé (2012), no hay en su horizonte un porvenir.

Referencias

- Adam, B. (1995). *Timewatch. The Social Analysis of Time*. Cambridge: Polity Press.
- Adam, B. (2007). *Future Matters. Supplements to The Study of Time, vol. 3*. Leiden: Brill.
- Alonso Concheiro, A. (2014). Jóvenes y niños mexicanos: visión de futuro. *Revista de Estudios de Juventud*, (104), 57-72.
- Augé, M. (2012). *Futuro*. Buenos Aires: Adriana Hidalgo Editora.
- Bajoit, G. (2010). *El cambio sociocultural, México, Conceptos y fenómenos fundamentales de nuestro tiempo*. México: Instituto de Investigaciones Sociales, UNAM.
- Bayón, M. C. (2012). El “lugar” de los pobres: espacio, representaciones sociales y estigmas en la ciudad de México. *Revista Mexicana de Sociología*, 74 (1), 133-166.
- Beck, U. (1998). *La sociedad del riesgo*. Barcelona: Paidós Básica.
- Castoriadis, C. (1989). *La institución imaginaria de la sociedad, vol. 2: El imaginario social y la institución*. Barcelona: Tusquets.
- CONEVAL [Consejo Nacional de Evaluación de la Política de Desarrollo Social] (2017). *Medición de la Pobreza. Pobreza a nivel municipal 2010 y 2015*. <https://www.coneval.org.mx/Medicion/Paginas/Pobreza-municipal.aspx?platform=hootsuite>
- Dittus, R. (2006). El Imaginario Social y su Aporte a la Teoría de la Comunicación: Seis Argumentos para Debatir. *Cinta Moebio* 26, 166-176.
- Dubet, F. (2012). Los límites de la igualdad de oportunidades. *Revista Nueva sociedad*, (239), 42-50.
- Figueroa, M.E. (2018). El futuro como dispositivo: la mirada de algunos estudiantes universitarios. *Revista Política y Cultura*, (50), 179-203.
- Giménez, G. (2007). La concepción simbólica de la cultura. En G. Giménez, *Estudios sobre la cultura y las identidades sociales* (pp. 25-51). México: Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, Instituto Tecnológico de Estudios Superiores de Occidente.
- Hernández, R. (2007). Juventud, trabajo y pobreza urbana en Chimalhuacán, México. En *XXVI Congreso de la Asociación Latinoamericana de Sociología, Guadalajara. Asociación Latinoamericana de Sociología, Guadalajara, México*.
- Jusidman, C. (2011). Causas económicas y sociales de las violencias en entornos urbanos. En G. Covarrubias (coord.), *Desarrollo Cultural Comunitario. Opciones para la cohesión social*. (pp.17-24). México: Consejo Nacional para la Cultura y las Artes.
- Parra, M. y Cano, W. (2018). Modernidad, progreso y desarrollo: imaginarios de futuro alrededor de la minería del oro en Colombia. *Digithum*, (22), 15-23. <http://doi.org/10.7238/d.v0i22.3143>

- Partido Revolucionario Institucional (2018). *Plataforma Electoral 2019-2021*. México: Partido Revolucionario Institucional.
- Pintos, J. L. (2000). *Construyendo Realidad(es): Los Imaginarios Sociales* [papeles de trabajo]. Santiago de Compostela: GCEIS. https://www.academia.eydu/943259/Construyendo_realidad_es_los_imaginarios_sociales
- Randazzo, F. (2012). Los imaginarios sociales como herramienta. *Imagonautas*, 2(2), 77-96.
- Saraví, G. (2018). *Juventudes fragmentadas. Socialización, clase y cultura en la construcción de la desigualdad*. México: CIESAS/FLACSO.
- SdG [Secretaría de Gobernación] (2019). *Sistema Nacional de Información Municipal*. <http://www.snim.rami.gob.mx/>
- Vergara Figueroa, A. (2016). Imaginarios, Simbolismo e Ideología. *Dialogía*, (2), 109-146.